

ŽIŽEK, SLAVOJ. *Hegel y el cerebro conectado*. Barcelona: Editorial Planeta, 2023, 221p.

El trabajo monográfico *Hegel y el cerebro conectado*, realizado por el filósofo esloveno Slavoj Žižek, expone, desde el punto de vista del filósofo alemán G. W. F. Hegel, el problema de la conexión entre nuestros cerebros y una máquina digital que pueda mejorar su capacidad y rendimiento, pero al mismo tiempo registrar sus actividades y poner en riesgo su privacidad y libertad.

Al comienzo de la obra, Žižek plantea como hipótesis central que el siglo XXI será ante todo un siglo hegeliano y que, por tanto, para entenderlo correctamente deberemos volver al estudio riguroso de la obra de Hegel. El filósofo esloveno es consciente de lo problemática que puede resultar esta afirmación, principalmente por cuanto el avanzado desarrollo tecnológico de nuestro tiempo nos separa en gran medida de la época del filósofo suabo. No obstante, para él la filosofía de Hegel, en la medida en que puede ser tomada como una constante «apertura hacia el futuro» –no escatológica; sin asegurar un futuro brillante u oscuro–, nos proporciona una perspectiva única para evaluar los avatares de nuestro tiempo. De esta manera, sin buscar ser reconocido como un filósofo hegeliano, pero valiéndose *expressis verbis* de su filosofía, Žižek se dedica a estudiar en esta obra las ideas de «Cerebro conectado» y «Singularidad».

Con la idea de Singularidad el filósofo esloveno se refiere a lo que él mismo reconoce como la extrapolación ideológica del proyecto de un cerebro conectado. Es decir, la Singularidad debe ser entendida –no sin cierto misticismo– como un campo de experiencia global común que, debido a su amplio potencial de dominación, podría alcanzar socialmente el rol de una divinidad.

A tal efecto, Žižek revisa en esta obra las posibles consecuencias que este proyecto de un cerebro conectado a una máquina podría occasionar y, a su vez, indaga desde un punto de vista filosófico en las principales interrogantes que esta tecnología suscita. A saber: ¿Qué ocurriría con nuestro cerebro y nuestra subjetividad dentro de un cerebro conectado? ¿Conservaríamos la libertad y privacidad de nuestros pensamientos? ¿Seguiríamos siendo seres humanos tal como hemos sido hasta ahora o el concepto de ser humano sería esencialmente modificado?

Así, con el fin de ofrecer una respuesta a estas interrogantes, Žižek presenta ocho capítulos –siete ensayos breves y un tratado final de mayor extensión y profundidad filosófica– que abordan las distintas dimensiones asociadas a este problema.

En el primer capítulo, «El Estado policial digital», Žižek analiza la posibilidad de que las grandes empresas tecnológicas desarrollen una máquina digital que pueda registrar todas nuestras actividades y pensamientos y, por consiguiente, pueda conocernos mejor de lo que nosotros mismos lo hacemos.

El filósofo esloveno advierte que esto podría alterar profundamente nuestra subjetividad, pues el ordenador que registre nuestras actividades podría influir en aspectos tan variados de nuestra vida como si es adecuado casarme con tal persona o por quién debería votar en las siguientes elecciones políticas. Žižek sostiene que este poderío de la máquina digital podría ocasionar el ascenso de un Estado policial –en un sentido fichteano– que mantenga bajo absoluto control a sus ciudadanos.

En el segundo capítulo, «La idea del cerebro conectado y sus limitaciones», el filósofo profundiza en el potencial de dominación que se halla en la conexión cerebro-máquina a partir del ideario de la empresa de neurotecnología Neuralink. En este sentido, se pregunta, por una parte, si la expresión de nuestro flujo de pensamientos se desarrolla con independencia de su expresión lingüística –tal como sostiene el empresario sudafricano Elon Musk sobre el *modus operandi* de Neuralink– y, por otra, si esta tecnología podría captar el significado verdadero de nuestros pensamientos allende su configuración lingüística.

En el tercer capítulo, «El atascamiento del tecnognosticismo soviético», Žižek indaga en las consecuencias sociales y políticas que una eventual transición hacia la Singularidad podría ocasionar. A este respecto, el filósofo revisa la experiencia del movimiento posthumanista de la Unión Soviética denominado «biocosmosmismo». Esta corriente de pensamiento, que paradójicamente surgió en un escenario de extrema pobreza material, creía con vehemencia que el desarrollo tecnológico podría superar las diversas limitaciones del ser humano. Así, entre sus principales objetivos se hallaban la búsqueda de un paraíso colectivo, el cese del sufrimiento individual, la inmortalidad y la conquista del espacio exterior.

En el cuarto capítulo, «La Singularidad», el filósofo analiza las dos principales formas de expresión que podría asumir la Singularidad: como una sola conciencia unitaria que absorbe al individuo o como un espacio abierto y fragmentario donde la individualidad no desaparece. En este sentido, Žižek señala que la Singularidad, en la medida en que habría de constituirse como un espacio material, no dejaría de ser un elemento conflictivo e inconsistente, es decir, no estaría libre de contradicciones ni de hallarse contrapuesta a otras formas de Singularidad diferentes que pudiesen surgir. Por lo tanto, no tenemos razones suficientes para pensar que la Singularidad en cuanto modo de conexión cerebro-máquina salvaría necesariamente a la humanidad de sus mayores crisis, toda vez que podría, por el contrario, causar su destrucción absoluta.

En el quinto capítulo, «La caída que nos hace parecernos a dios», Žižek define «la caída», desde una óptica religiosa, como una herida causada por la separación del ser humano con Dios que tiene como resultado su carácter finito y sexuado. En este sentido, los defensores del cerebro conectado –en concreto, del proyecto de Neuralink–, pretenden *curar* esa herida y superar la distancia

existente entre el ser humano y lo divino. El filósofo esloveno, empero, señala que este proyecto no puede cumplir esta promesa teológica, puesto que, desde un punto de vista hegeliano, el espíritu humano *es él mismo* la herida que pretende curar, es decir, no puede curar su herida dado que solamente puede *determinarse* a sí mismo desde ella.

En el sexto capítulo, «La reflexividad de lo inconsciente», el filósofo esloveno se pregunta si, ante una eventual puesta en marcha de la Singularidad, existiría algún lugar en nuestra mente que pueda seguir siendo considerado como *solamente nuestro*, es decir, que no fuese accesible o transparente para la máquina digital. La respuesta que formula Žižek es que ese lugar, libre de la influencia y control de la máquina, en caso de existir, no se hallaría en la conciencia sino en lo inconsciente. De este modo, luego de definir lo inconsciente –principalmente desde Jacques Lacan– como un momento virtual que no está en el orden del ser ni del no ser, el filósofo indaga en las consecuencias materiales que este momento de lo inconsciente experimentaría luego de la conexión de nuestro cerebro con la máquina digital y de qué modo podría evitar ser captado y registrado por ella.

En el séptimo capítulo, «Una fantasía literaria», tomando como punto de referencia la novela *El innombrable* de Samuel Beckett, el filósofo esloveno señala que, si aceptamos que un mínimo de subjetividad habría de subsistir en la Singularidad, entonces en ella habría un sujeto profundamente dividido. En este sentido, en concordancia con los personajes de la novela de Beckett: Mahood representa la suspensión solipsista en el espacio común de los pensamientos compartidos y Worm la realidad inconsciente. Asimismo, analizando las experiencias de Edipo y Hamlet en cuanto personajes literarios que constituyen su propia negatividad y aceptan sus consecuencias, Žižek afirma que nosotros no deberíamos intentar evitar la Singularidad en cuanto destino –tal como hizo el padre de Edipo al deshacerse de su hijo–, pero tampoco deberíamos simplemente sacrificar nuestra interioridad ante ella. Es decir, deberíamos aceptarla *heroicamente*.

En el capítulo final, «Un tratado sobre el apocalipsis digital», Žižek reconoce dos maneras de entender el concepto de «apocalipsis»: como divulgación o revelación de un conocimiento sustancial y como la destrucción del mundo conocido. En este sentido, el filósofo aquilata la idea de Günther Anders de un «apocalipsis desnudo», es decir, de un apocalipsis que consiste en mera decadencia y destrucción; que no tiene nada positivo como resultado. Desde esta óptica, el filósofo se pregunta, por una parte, si podemos afirmar que el surgimiento de la Singularidad constituiría para los seres humanos una forma determinada de apocalipsis y, por otra, si de este apocalipsis podríamos esperar el ascenso de un reino –posthumano– superior o simplemente una destrucción absoluta. Para el filósofo esloveno, el ascenso de la Singularidad representa,

desde un punto de vista hegeliano, «el fin de la historia». Este fin de la historia, empero, no implica la desaparición del ser humano, y acaso tampoco la desaparición del sistema económico imperante. Es decir, el desarrollo de una sociedad posthumana, debido a la ávida intervención de las élites económicas que buscarían resguardar sus intereses, podría abrir camino a un capitalismo posthumano con nuevas y más profundas formas de explotación.

En definitiva, fiel a su estilo disruptivo y valiéndose de sus profundos conocimientos filosóficos, psicoanalíticos y del mundo de la cultura de masas, Žižek nos invita en este escrito a reflexionar sobre nuestra espinosa relación con la tecnología a partir de una eventual conexión entre nuestros cerebros y una máquina digital. Su lectura, por tanto, nos permite colegir que el desarrollo de este proyecto posthumano se vuelve cada vez más cercano e inquietante, en la medida en que parece amenazar no solo el modo en que vivimos –y decidimos vivir– nuestras vidas, sino también aquello que nos define propiamente como seres humanos.

Jorge Ojeda-Cabrera
Universidad de Salamanca